

Principios fundamentales de la tarea docente según Santo Tomás

La cuestión 11 de las cuestiones disputadas *De veritate*, se conoce con el nombre de *De Magistro* porque en dicha cuestión, a lo largo de sus cuatro artículos trata el tema de la enseñanza o, más precisamente, del enseñante, planteándose respectivamente estas cuatro preguntas: 1) si el hombre puede enseñar —o sólo Dios. 2) si alguien puede ser maestro de sí mismo 3) si un hombre puede ser enseñado por un ángel y 4) si enseñar es acto de la vida activa o contemplativa. A lo largo de los cuatro artículos se desarrolla la doctrina acerca de lo que constituye la docencia, entendida como transmisión de la ciencia, lo cual afecta tanto al que enseña como al que aprende, así como a la transmisión misma de lo enseñado.

El artículo primero es el que contiene el análisis de lo que es el enseñar —en palabras de Santo Tomás, la docencia— lo que le lleva a atender tanto al objeto, lo enseñado, la doctrina, como al sujeto receptor que es quien aprende. Así, pues, se habla del maestro sólo en la medida en que tiene relación con el aprender, es decir, en la medida en que es causa —veremos que tipo de causa— del aprender. Aunque es obvio, conviene recordar que sólo hay maestro si alguien aprende de él o gracias a él. Podemos ver con evidencia esta verdad elemental, pero necesaria, pensando en que no hay maestros de leones sino sólo domadores de leones, por más que uno tenga la ciencia de lo que es un león. Dicha ciencia no se transmite a los leones sino a los hombres. En efecto, hay también incluso maestros de domadores de leones.

Así, pues, la acción (que así hay que llamar porque es acto de la vida activa) de la docencia existe porque alguien aprende la doctrina. Precisamente llamamos doctrina a todo aquello que puede ser enseñado, lo cual es una prueba de su verdad, porque sólo la verdad puede ser enseñada y viceversa todo lo que es enseñado es verdadero ya que —como dice Santo Tomás— a lo opinable somos inducidos o a la creíble persua-

didados, pero sólo de lo verdadero somos enseñados. De ahí que, podemos añadir nosotros, sólo lo que es verdad constituye escuela, la opinión, si acaso, partido pero no escuela. Por eso el tomismo es una escuela y no un partido. La diferencia consiste en que lo enseñado es comprendido por el que ha aprendido como cosa propia, mientras que lo opinado se sostiene por voluntad del que lo manifiesta ya que le falta la certeza de lo afirmado. A esta verdad esencial se une una verdad psicológica, pues cuando alguien conoce algo por su propio entendimiento no le molesta reconocer que lo ha aprendido de otro, pero al contrario, quien habla por lo dicho por otro, el que meramente repite tiene necesidad de aparentar que no pertenece a escuela alguna.

La pulcritud con que Santo Tomás trata esta cuestión es tanto más de ponderar cuanto que el tema viene de algún modo viciado por algunas expresiones, entendidas parcial y materialmente por algunos, del genio de San Agustín quien, como es sabido, ponderando la necesidad de poner el acento en el hombre interior y en Dios que allí habla, prestaba una ocasión para malinterpretar su doctrina y negar de hecho la realidad del maestro humano y, por tanto, del maestro como oficio necesario para que los hombres lleguen al recto y completo conocimiento de las verdades naturales y de aquellas que son preámbulos para las verdades reveladas o necesarias para la correcta intelección de las verdades reveladas. Ciertamente todo puede ser malentendido. Y también el mismo Santo Tomás. Pero quizá el platonismo larvado de San Agustín da pie a interpretaciones que negarían la realidad de la enseñanza como tarea humana necesaria.

El artículo primero tiene la respuesta a su vez articulada en seis proposiciones (en la edición de Marietti señalizadas con las letras capitales A a F) de las cuales las dos primeras señalan sendos errores contrapuestos, pero coincidentes —como lo advierte expresamente el santo— mientras que la tercera señala este común error y que, por ser común, se resuelve con una misma proposición. Pero dicha proposición se articula en tres tesis que constituyen los tres últimos análisis.

Es muy útil destacar los errores, antes de exponer la doctrina positiva, puesto que en todos los temas, y quizás más en las cuestiones de educación, la precisión del origen del error advierte con gran eficacia en donde hay que poner el énfasis al declarar la verdad. En este caso que nos ocupa es realmente admirable comprobar el origen metafísico de los errores sobre la educación que son inicialmente, aunque luego puede desplegarse en muchos y múltiples y aparentemente dispersos errores, posiciones muy simples pero muy radicales. En nuestro caso es un error doble, como queda dicho, pero que versa sobre una única cuestión ¿de qué modo se halla lo inteligible en lo sensible? Y esta pregunta, a su vez, se proyecta analógicamente también sobre el sujeto discente a modo de esta otra pregunta ¿de qué modo es la acción realizada por el entendimiento del que entiende? ¿qué tipo de potencia es la potencia inteligible del hombre?

La cuestión de la transmisión de la doctrina es, una vez más, una cuestión iluminada necesariamente desde una correcta interpretación del

hylemorfismo y desde una correcta interpretación de la noción del alma humana, es decir, de la mente del que conoce. A esta luz se deduce la tarea del maestro que adquiere así su perfil exacto, a la vez modesto y a la vez necesario Modesto porque el maestro es sólo causa instrumental del conocimiento y necesario porque como dice el artículo segundo nadie es maestro de sí mismo y aunque el hombre puede por sí mismo saber algo sin necesidad de maestro, lo que Tomás de Aquino llama «intención» no significa que, en cuanto a la cosa conocida sea mejor que si es enseñada, antes al revés, es más «expedita» la cosa enseñada por cuanto procede de quien ya posee explícitamente toda la ciencia o cosa a conocer por el discente. Simplemente el maestro parte de donde el discípulo llegaría si tuviese buena invención. Y habrá pues que inventar pero sólo lo que no nos ha sido enseñado. Pero no es una cosa más conocida porque sea inventada, porque el conocimiento científico, como se habrá de ver, es la aplicación de los principios o conceptos universales a los casos particulares o a los objetos sensibles.

Permitidme decir que la filosofía de la naturaleza correctamente entendida presta a este asunto una luz propia porque en la base del doble error combatido por Santo Tomás se halla la cuestión, como se dijo, del modo de incidencia de las formas inteligibles en las cosas sensibles. Es, pues, en el fondo una réplica de la teoría platónica de las ideas que, como bien sabemos, tanto pueden fundar un escepticismo, de hecho latente en Platón, como un intuicionismo de lo inteligible dado sin más a nuestra alma. Este intuicionismo, a su vez, podría tener una versión racionalista o una empirista según fuese aquello que se supone intuitivo.

No olvidemos además un aspecto importante del planteamiento tomista. El error se manifiesta en un triple plano, es decir, desde un error originario se desciende a concretar esta imprecisión tanto acerca del orden cognoscitivo como acerca del orden moral. Porque, en efecto, no sólo hay doctrina acerca de lo que se conoce sino también acerca de lo que se obra. La virtud o el hábito de lo honesto se compara al entendimiento paciente, pues ambos requieren una actividad para pasar al acto. Actividad que en parte reside en ellos mismos, como virtud incoada y como entendimiento de los primeros principios, y en parte viene de fuera, como son los actos virtuosos para la virtud y las especies abstraídas para el entendimiento por el entendimiento agente. De este modo la virtud adquiere su precisión, pues tiene un punto de partida en el mismo sujeto, con un punto de llegada también en el mismo sujeto pero mediatizada por la serie de actos virtuosos que actuarán como las formas inteligibles para los actos inteligibles. Del mismo modo que el que entiende es él quien entiende pero debe reconocer la necesidad de hacer lo inteligible, como se hace lo virtuoso para entender y ser virtuoso respectivamente.

En palabras ya del propio santo: Las opiniones se distribuyen en tres errores compartidos:

1. En la manera de obtener (*in eductione*) las formas (*in esse*)
2. En la adquisición de las virtudes
3. En la adquisición de las ciencias

Los errores son, como se ha dicho, dos:

1) Todas las formas son por un agente extrínseco al que llaman «dador de formas» mientras que los agentes inferiores sólo «preparan» la materia para recibir la forma. Y en el plano ético este error afirma que «nuestra acción no es causa del hábito de lo honesto». A su vez, en cuanto a la ciencia, las formas inteligibles fluyen a nuestra mente por una inteligencia agente. Nótese que se usa la expresión *intelligentia* que se contrapone a *intellectus*, como lo exterior y universal a lo individual.

2) Todas las cosas (las formas) son inditas en las cosas, y lo único que hace la acción exterior es manifestarlas y hacerlas pasar de lo oculto a lo patente. En el plano ético, a su vez, esto se expresa diciendo que la virtud existe en acto en los hombres y el ejercicio sólo remueve los impedimentos para que se manifieste esta virtud. En cuanto a las ciencias esto implica el afirmar que el alma humana ya posee el conocimiento de todas las cosas concretas y la acción exterior sólo le sirve de ocasión para recordar su ya poseída ciencia.

El comentario a estos dos errores es fácil de hacer, y el propio autor lo hace en el tercer apartado. El primer error deroga el orden del universo donde las formas siguen realmente a la acción de las causas segundas (generación etc.) y olvida dice Santo Tomás que *prima causa ex eminentia bonitatis suae rebus aliis confert non solum quod sint, sed etiam quod causae sint*. La segunda opinión, acaba en lo mismo, pues relega al agente inferior a causa accidental de la forma, puesto que sólo remueve el obstáculo que impedía su manifestación.

Ya se vislumbra a esta altura del artículo todo un panorama de actitudes pedagógicas. Pedagogías erróneas ambas aunque de origen diverso. Pedagogía donde todo depende del profesor, del libro, del instrumental, en definitiva de los medios extrínsecos al sujeto, porque ellos causarán la ciencia en el discente. Por otra parte pedagogías donde todo consiste meramente en despejar, sin nunca nada proponer, esperando que se manifieste la ciencia ya poseída. Si lo primero puede tomar la forma de un autoritativismo pedagógico, y el discente tratado como objeto —recuerdo ahora el uso y abuso del término «motivar», como si fuese meramente mover desde fuera, lo segundo sería un anarquismo pedagógico donde sólo hay que esperar que, con la edad aparezcan todos los conocimientos, o donde, jugando al baloncesto se aprendan matemáticas porque se remueven supuestos obstáculos, y así, por otra parte, no hay en esta visión verdadera perfección en la adquisición de la ciencia (o la virtud) porque ya todo ello estaba en el discente. En ambos casos el discente no es causa esencial de su saber.

La solución que Tomás de Aquino esboza en tres apartados es sumamente instructiva:

1. *Formae naturales preexistunt quidem in materia, non in actu, sed in potentia solum* y su paso al acto implica la acción de un agente extrínseco próximo. Muy importante, a su vez, la aplicación a lo ético, pues la virtud ciertamente preexiste en el sujeto, pero a modo de «*inclinatio naturalis*» que es como una «virtud incoada» que, por el ejercicio de las obras, es llevada a su plenitud. Así hacer a un hombre virtuoso no es

«domarle» (si seguimos con el símil de los leones) puesto que en la naturaleza hay una inclinación a lo honesto que es un comienzo de virtud, pero se necesita la «disciplina» del ejercicio virtuoso para hacer una virtud plenamente tal que sea un verdadero hábito poseído y no ya una mera predisposición. En cuanto a la ciencia hay que tener presente que el hombre ya posee el hábito de los primeros principios de modo que *statim*, de inmediato, por la luz de su entendimiento agente que abstrae las especies de lo sensible, posee los principios universales o los conceptos trascendentales, a partir de los cuales conocerá la ciencia cuando desde estos principios *educitur* sea llevada al conocimiento de lo particular. Pero, como aclaración de esto añade las dos últimas precisiones:

2) La potencia de entender no es pasiva sino activa y se compara no como la potencia del aire a convertirse en fuego (la combinación del oxígeno diríamos nosotros) sino como la curación del enfermo que alcanza la salud por su principio intrínseco. Curioso también notar aquí que Tomás de Aquino no compara el entender al crecer sino al curarse para denotar que hay que vencer cierta resistencia para entender como para curar y así el maestro no se compara a un agricultor sino a un médico, pues, en efecto, el agricultor sólo cuida el aprovechamiento del crecimiento que siempre hay mientras que el médico colabora activamente mediante las recetas a la adquisición de lo que no se posee, esto es la salud. En la docencia hay un cambio entre contrarios, la no ciencia y la ciencia, mientras que en el crecimiento hay un cambio sólo en la cantidad, y por ello se parece más a la recuperación de la salud que al crecimiento.

Y es aquí, y no antes, cuando interviene la función del maestro, como instrumento o causa instrumental que ayuda al agente intrínseco. Y esto no siempre y necesariamente porque así como puede un enfermo curarse sin médico también se puede aprender sin maestro. Esto se llama invención, llegar uno sin ayuda extrínseca a un conocimiento cierto. Llegar a conocer con maestro es lo habitual como lo es curarse siguiendo el consejo de algún médico o tomando remedio ya conocido (siquiera sea guardar cama o abrigarse). En este caso hay no sólo, o la naturaleza que sigue siendo el agente intrínseco y principal, sino también el arte. Ahora bien, el arte imita la naturaleza y hace lo que ella sola no haría de modo particular pero como lo haría según su comportamiento universal manifestado cuando actúa en plenitud; de modo que al aplicar este criterio a la enseñanza resulta, en palabras de Santo Tomás: *eodem modo docens (el maestro) alium ad scientiam ignotorum deducit sicuti alicuis inveniendo deducit seipsum in cognitionem ignoti*. Es decir, la pauta de la enseñanza es el modo como uno adquiere por sí mismo la ciencia. Así, pues *docere* no es *invenire* porque lo primero implica esta ayuda que no hay en el segundo, pero esta es una diferencia encuan to al origen porque en cuanto a la cosa misma enseñar no puede ser sino procurar que el discente sea llevado por su propia virtud intelectual al conocimiento de aquello cual si el discente lo estuviese «inventando» esto es descubrimiento por sí mismo. Esta es la modesta pero eficaz tarea del docente, del maestro.

Dicho en otro texto preciso del mismo lugar que debe tomarse como

la verdadera definición de la actividad de enseñar a otro: *homo dicitur causare scientia in alio operatione ratione naturalis illius et hoc est docere.*

Qué hace pues un maestro: proponer a la consideración de la razón del discente que una proposición cae de modo particular bajo la consideración del principio general ya conocido y poseído en acto por el discente y que por consiguiente se sigue de ello una conclusión obligada, cierta, necesaria y este subsumir lo particular en lo universal ya conocido es tarea del que aprende que, como quien dice, olvidándose de que aquello le ha sido propuesto por otro, lo considera como asunto propio y entiende que de esta consideración se sigue un nuevo conocimiento para él. Sea esto en el orden demostrativo, lo que es propiamente la ciencia, sea también esto en el orden cognoscitivo cuando un nuevo concepto es conocido por su sumisión a un concepto trascendental, o una propiedad trascendental, lo que es propiamente el conocimiento.

En la modestia de esta acción está la grandeza del maestro, bien diferente de la del líder. Se puede decir y no es menoscabo que un maestro lo es tanto más cuanto menos es conocido como tal, o dicho de otra manera la fecundidad de un maestro consiste en la convicción del discípulo que sólo puede provenir de su propia intelección. Pero existe también la docilidad por parte del discente y que es la disposición a ser enseñado, esto es, a que le sea propuesto lo que en su conocimiento universal está de modo sólo implícito.

Y así el maestro que causa instrumentalmente la ciencia en el discípulo, no causa su ciencia, sino que ayuda a que la ciencia sea en el otro. La ciencia es la misma en especie, en su esencialidad, pero individualmente como ciencia poseída es otra que la del maestro.

Y en cierto modo la actitud del maestro se compara a la de la naturaleza misma, lo cual merece a Santo Tomás la larga y completa respuesta a la objeción 11. Hay ciertamente una afinidad pero no una identidad entre el maestro y la naturaleza misma de las cosas que pueden ser consideradas por el entendimiento del discípulo. Y esto es muy importante para lograr la comprensión más completa de la labor del docente, del doctor, así como su responsabilidad, pues, en efecto, la naturaleza actúa como agente externo que motiva el entendimiento agente del discípulo para actualizarse y sacar las conclusiones debidas, pero con una diferencia a favor del maestro pues el maestro habla (o escribe) y la palabra aunque sólo es signo lo es de la intención inteligible, para entendernos todos, de lo ya depurado de la materia sensible, acción que ha realizado mediante su propio entendimiento, y esto la naturaleza no puede hacerlo en modo alguno porque sólo puede presentarse a la mente del discípulo (y del maestro también claro está) en su singularidad material que exigirá por tanto ser entendida para ser subsumida por los primeros principios.

Qué diferencia más notable y como se ve aquí la utilidad del maestro. Las palabras del maestro, *verba doctoris* dice Santo Tomás *propinquius se habeant ad causandum scientiam quam sensibilia extra animam existentia inquantum sunt signa intelligibilium intentionum.* Si eso no fuese así en lugar de clases prácticas en las facultades de química, pon-

go por caso, solo habría laboratorios, y no habría aulas con profesores y pizarras ni bibliotecas con libros. Esto parece una broma pero incide entre otras cosas en la minusvaloración de la actividad docente e incide también en el descuido por parte del profesor de la expresión adecuada que manifieste precisamente la intención entendida y pretendida. La palabra ha de mostrar, sobre todo en el maestro, su función superior a la naturaleza, no porque la cree al hablar sino porque presenta la realidad en tanto que entendida. Así de la naturaleza como de la historia en la medida en que también hay ciencia de los hechos humanos.

Terminemos aquí esta sucinta exposición de la rica cuestión once de las cuestiones disputadas de nuestro gran maestro Santo Tomás que cultivó y puso en práctica como nadie estas verdades, pues siempre parece que está ausente del tema que propone y nos pone en contacto con la cuestión estudiada de modo que seamos nosotros los que entendemos.

DR. JOSÉ M.^a PETIT
Universidad de Barcelona